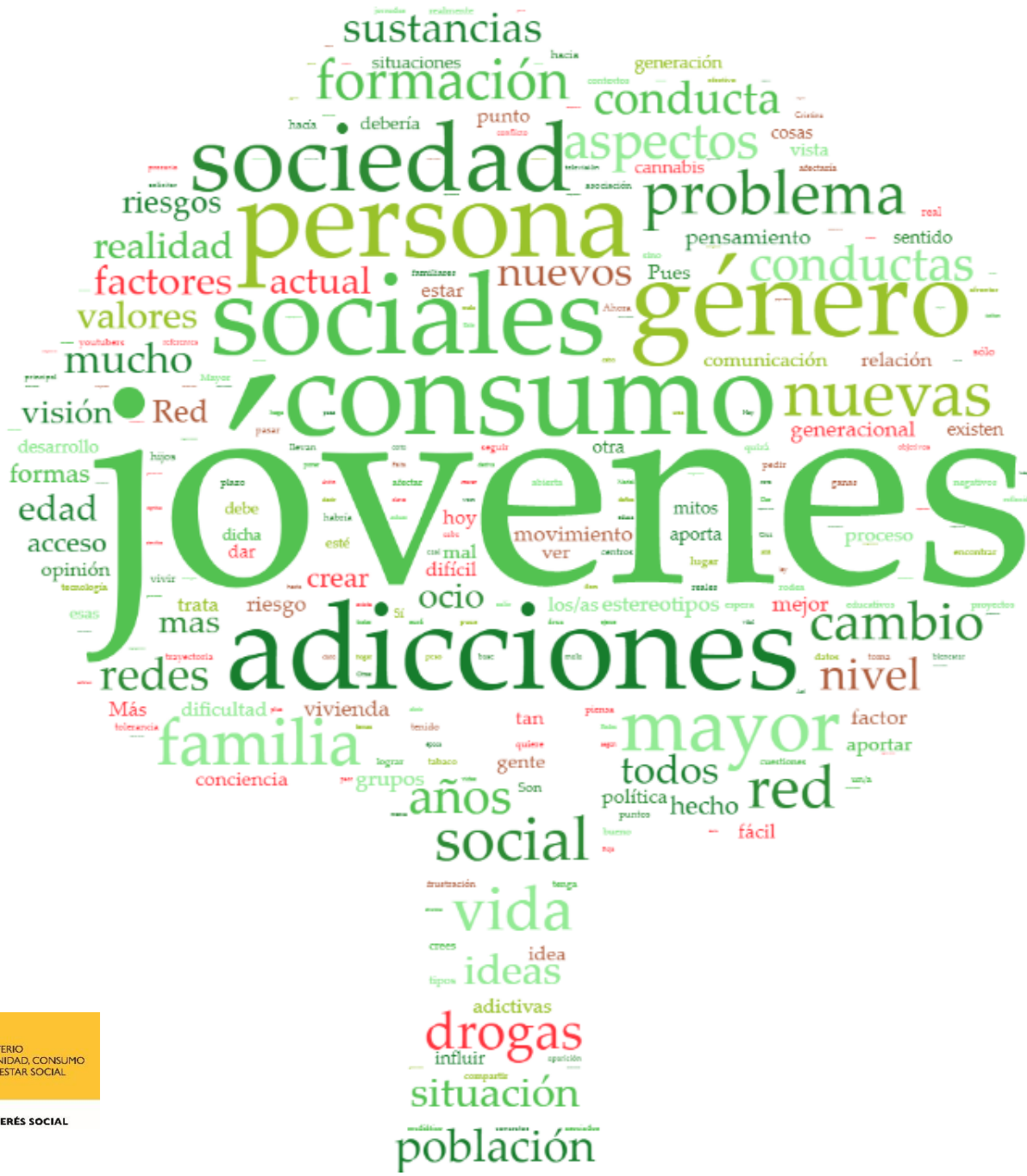




LA RED DE ATENCIÓN  
A LAS ADICCIONES

# JUVENTUD, CONSUMOS Y ADICCIONES: UNA MIRADA DESDE #JÓVENESUNAD



Financiado por:



✓ POR SOLIDARIDAD  
OTROS FINES DE INTERÉS SOCIAL

# I

¿Cómo es la juventud de la que hablamos?

“La juventud es maleducada, desprecia la autoridad, no respeta a sus mayores y chismea mientras debería trabajar”, escribía Sócrates. Más de 2.400 años después, la idea construida en torno a la juventud sigue asociándose frecuentemente a conceptos como el individualismo, la irresponsabilidad y la inconsciencia. Incluso se ha llegado a generar un retrato mediático, el de la juventud que ni estudia ni trabaja, que ha marcado a una generación bajo un perfil descalificativo y simplista como es “nini”. Sin embargo, al detenerse en la realidad de las personas jóvenes de hoy en día se advierte que imágenes como esta son tan estereotipadas como injustas.

La actual generación joven se encuentra ante un **escenario laboral** poscrisis en el que impera una dificultad generalizada para acceder a un trabajo estable. La precariedad, la temporalidad y la inestabilidad del empleo convierten la incertidumbre en un continuo con el que han de convivir la mayoría de las personas jóvenes. Se da un círculo vicioso en el que la juventud carece de oportunidades para crecer profesionalmente al no poder optar a ofertas de empleo que, por lo general, ya demandan cierta experiencia laboral.

Se antoja complicado generar un proyecto de vida sólido y duradero y, más aún, en torno a una vivienda propia. La subida constante del **precio del suelo** en las ciudades –los grandes nichos de empleo-, ya sea para comprar o alquilar, también contribuye a obstaculizar la independencia económica de la familia de origen. Aparecen nuevas formas de habitar espacios al tener que compartir la vivienda, al tiempo que la emigración al extranjero gana enteros como opción de futuro. Como resultado, el retraso de la independización da pie a una falta de autonomía e intimidad que frena los procesos de maduración personal y de adquisición de responsabilidades.

La familia, que por ende debería jugar un papel más relevante, también ha evolucionado en las últimas décadas. El modelo tradicional ha dado paso a nuevas **estructuras familiares**, más diversas y flexibles, marcadas por una mayor dificultad de madres y padres para conciliar la vida familiar y laboral. En consecuencia, esta falta de tiempo compartido en el hogar ha abierto la puerta a que otros agentes y entornos ganen peso en el proceso de socialización y transmisión de valores a las nuevas generaciones.

Por su parte, el **ámbito educativo** no ha contado con unas políticas y enfoques estables y óptimos para cuidar el potencial de la juventud. La enseñanza ha tendido tradicionalmente a un marco de competitividad encaminado a acumular datos memorísticos y dejar de lado otros aspectos como la educación emocional y social, los valores y las destrezas básicas de la vida cotidiana. No ha sido hasta los últimos años cuando, desde el campo docente, se está cambiando la mentalidad para hacer las metodologías más inclusivas y menos rígidas al incorporar mayor conciencia social con ideas como el ecologismo.

La enseñanza, asimismo, tampoco se ha salvado de la omnipresente penetración de la **tecnología**. La adaptación de las propuestas educativas a las nuevas posibilidades virtuales no hace sino confirmar la brecha generacional que separa a la juventud actual, la primera nativa digital –que no experta digital-, con el resto. El acceso instantáneo a todo tipo de información se ha convertido en un hábito, las posibilidades de convocatoria

social han aumentado y la conectividad se ha multiplicado. Las herramientas digitales han quedado, por tanto, a total disposición de las personas jóvenes para permitir su empoderamiento y ampliar el alcance de su voz. No obstante, esta dinámica de inmediatez también va acompañada de una tendencia al cortoplacismo, al consumismo y al mayor peso de la imagen frente al contexto, elementos que en suma pueden conducir, de alguna manera, hacia la intolerancia ante la frustración.

De esta forma, la evolución tecnológica ha influido de forma determinante en la composición de la personalidad. Especialmente entre las personas jóvenes, la identidad digital ha ganado un peso importante a la hora de socializar. El *face to face* ha sido sustituido por el Facebook y demás **redes sociales**, contribuyendo a la creación de un marco social de relaciones líquidas ricas en cantidad pero pobres en calidad. Y es que no solo el ocio físico se está viendo afectado por este proceso. Se trata de una época de transformación también para la comunicación y, en definitiva, para la construcción de la realidad y del imaginario social.

Al tratarse de una serie de cambios de tal magnitud, los valores y las ideas de la juventud han evolucionado al compás. La potenciación de la **comunicación** ha favorecido la conectividad entre personas de distintos perfiles, aumentando la conciencia sobre la diversidad social y fomentando el pensamiento crítico frente al exceso de información.

Las generaciones más jóvenes son las que con mayor precocidad se están impregnando del debate en torno a **movimientos sociales**, poniendo sobre la mesa y dialogando abiertamente de temas como el feminismo. La cultura tradicional y el modelo heteropatriarcal han entrado en un ciclo de cuestionamiento claramente visible en la intolerancia ante la violencia de género y los micromachismos. Porque, aunque el feminismo no sea un movimiento visibilizado expresamente a través de personas jóvenes, sí consigue entre la juventud un alto grado de adhesión y movilización.

De igual forma, el conocimiento adquirido y las destrezas prácticas han crecido al hilo de la **evolución sociolaboral**. La mayor accesibilidad de la educación superior en las décadas más recientes ha hecho posible una mejor preparación formativa y, a su vez, la naturaleza del mercado de trabajo ha exigido altos niveles de especialización profesional. Pese a las dificultades socioeconómicas y el futuro incierto al que se enfrentan, las personas jóvenes cuentan con un bagaje de conocimientos y herramientas que supera al de generaciones anteriores.

# II

¿Qué papel juegan las drogas y las adicciones en las  
personas jóvenes?

Cuando se observa desde fuera, la relación entre **juventud y consumos** tiende a juzgarse desde una mirada parcial y superficial. Partiendo del hecho de que el tratamiento que realizan los medios de comunicación condiciona fuertemente la percepción social, la conducta de las personas jóvenes parece responder a un patrón reprochable.

El **imaginario colectivo** entiende el ocio joven como un espacio en el que el consumo de sustancias es el requisito necesario para socializar y pasarlo bien con el grupo de iguales. Se extienden ideas exageradas e injustamente generalizadas como que se bebe alcohol sin medida, no existe percepción alguna sobre los riesgos de sustancias como el cannabis, se pierde el control sobre lo que se está haciendo...Y parte de la responsabilidad de que existan comportamientos como estos se achaca a padres y madres.

Se cuelga sobre la juventud una serie de **etiquetas infundadas** que pesan sobre imagen sin olvidar que, en el caso de las chicas, se produce un doble señalamiento al considerar que, en el momento en el que consumen alguna sustancia no están cumpliendo con el rol de género que se espera que cumplan como mujeres. Otros elementos como la etnia, la raza o la clase social pueden sumarse como factores de discriminación que también afectan a la juventud y agravan la presión sobre el joven o la joven que realiza algún consumo.

Cambiando la perspectiva, **lo que se percibe desde la juventud** gana en matices, tal y como hemos podido comprobar trabajando la prevención con adolescentes desde las entidades de UNAD. En primer lugar, prevalece una amplia separación conceptual entre las sustancias legales y las ilegales. Mientras que el alcohol y el tabaco son vistos como elementos inocuos socialmente aceptados –no como drogas- y se consumen en busca de la desinhibición o la integración en el grupo, otras como la cocaína, la heroína o las drogas de síntesis se asocian a la figura, estigmatizada y lejana, de la persona drogodependiente.

Sin embargo, para entender estas concepciones no puede ignorarse el **entorno social y cultural**. A nivel estructural, hay que tener presente el aumento del peso influyente del grupo social, las redes virtuales y los productos culturales en detrimento de los agentes socializadores tradicionales como son la familia o la educación. En este marco, algunos consumos recreativos están totalmente normalizados. Por ejemplo, la limitada capacidad económica de las personas jóvenes ha reafirmado en las últimas décadas un fenómeno como el botellón como el escenario predilecto para llevar a cabo el consumo de sustancias –algunas de riesgo como el *binge drinking*- y socializar con el grupo de iguales.

En cuanto a los **mensajes** referentes a las drogas que se hace llegar deliberadamente a la juventud desde el ámbito institucional, en líneas generales se apoya más en un enfoque prescriptivo y puntual que en otro más completo centrado en torno al conocimiento de las sustancias y los consumos. Se prioriza la protección frente a la confianza en el propio criterio de adolescentes y jóvenes, obviando así la posible efectividad de la reducción de riesgos.

Igualmente, el **entorno familiar** sigue jugando aquí un importante papel ya que, en virtud de los tipos de consumos que puedan realizar sus integrantes, cristalizarán en distintos prejuicios y concepciones en el joven o la joven. Un proceso similar puede darse con

algunos referentes de la **cultura popular**, desde la cual se ha afianzado una tendencia a mitificar el mundo de la droga y el narcotráfico a través de la música, las series o el cine. Asimismo, algunas figuras públicas como pueden ser deportistas de élite, rostros televisivos, artistas o *influencers* de las redes sociales también se erigen como un potente modelo para la juventud que no en todos los casos mantienen comportamientos ejemplares en materia de, por ejemplo, consumo de alcohol, cannabis o promoción del juego.

Cierto es que la tarea de consolidar y hacer converger todos los recursos sociales para **transformar la mentalidad** de la población y de la juventud en particular requiere un esfuerzo importante, pero aun así continúa como asignatura pendiente adaptar la óptica de las acciones de prevención. Tanto desde el campo educativo como institucional se podría trabajar para promover el pensamiento crítico de la juventud y aumentar su percepción del riesgo mediante datos objetivos, la explicación del trasfondo social de los consumos, el repaso a la trayectoria de las drogas en España y la facilitación de herramientas y recursos informativos. La eliminación del estigma de las personas con adicciones, la promoción de la salud, la gestión del ocio y la reducción de daños deberían ser otras de las cuestiones a tratar.

# III

El factor juventud en la red de las adicciones



Cuando una persona desarrolla una adicción, **la edad entra en juego** como un hándicap a la hora de abordar la situación y solicitar ayuda. En primer lugar, prima una falta de conciencia de la problemática que supone tener una adicción. Este hecho, unido al desconocimiento generalizado entre la juventud de la existencia de la red de atención y ayuda a las adicciones –la población adulta puede tener alguna referencia de las organizaciones que crecieron en los ochenta- hace más difícil el acceso a los recursos. Se precisa trabajar más el acercamiento a las personas jóvenes a partir de sus contextos sociales, del ocio y del trabajo comunitario. Las redes sociales configuran, por tanto, un canal aún por explotar idóneo para lograr llegar a conectar.

En el momento en el que aparece la adicción en un o una joven o aún se encuentra, por lo general y en virtud de la dificultad para emanciparse, en **el hogar familiar**. Siendo así, la adicción afecta directamente a todos sus integrantes produciéndose conflictos, frustraciones y sentimientos de culpabilidad por no saber gestionar la conducta de la persona joven con adicción. En consecuencia, es la familia la que finalmente toma conciencia de que existe un problema real y termina llegando a las entidades de adicciones en busca de ayuda, puesto que aún no existe una actitud activa para poder detectar las conductas problemáticas que potencialmente pueden derivar en adicción.

Una vez establecida la conexión con la organización correspondiente, habría que salvar otra barrera básica referente a la **compatibilidad de horarios** entre los recursos de atención a las adicciones y los centros educativos y laborales.

Pero no todo gira en torno a la variable edad. **Trabajar el género** no solo influye en el acceso a la red y su continuidad en ella, sino que supone lidiar con el estigma que, bajo una visión estereotipada, juzga a la chica que tiene una adicción. La perspectiva de género se debería incorporar en cada uno de los elementos que se ponen en marcha desde la entidad: prevención, reducción del riesgo, programas de tratamiento, etc.

Con todo, como profesionales jóvenes de la Red UNAD comprobamos que **los recursos** no llegan ni están adaptados a la población joven ni a las características concretas que presentan. Falta formación en los equipos de profesionales y más investigación sobre la utilidad de ciertas prácticas a la hora de tratar una adicción con o sin sustancia específicamente en la juventud. La intervención, por su parte, también ha de incidir en áreas relacionadas con las habilidades sociales, la gestión emocional o el uso alternativo del ocio y el tiempo libre, teniendo en cuenta y trabajando además con la familia y el contexto social de cada persona.

Por ello, es esencial contar con **referentes jóvenes** en todo equipo de profesionales de una entidad de atención a las adicciones, una apuesta que no solo es positiva para las personas atendidas. La inclusión de nuevos perfiles permite disponer de perspectivas innovadoras y complementarias, puntos de vista diferentes que no están sugestionados por las costumbres y las dinámicas rutinarias de la entidad que, al fin y al cabo, con los años terminan determinando la forma de trabajar. Se consigue así impulsar la constante necesidad de reciclaje que empuja a los perfiles con más experiencia a acercarse a la realidad en permanente cambio de las drogas y las adicciones.

Es la juventud la que **mayor contacto** tiene a nivel personal con el ocio actual, con los consumos incipientes y con todo lo relacionado con las redes sociales, los videojuegos y las nuevas variantes online del juego. Es fundamental conocer de cerca determinados fenómenos vinculados a la adicción en la juventud, el patrón de relaciones con la familia o el papel de algunas sustancias a la hora de socializar en ámbitos concretos. Como jóvenes profesionales, estar cerca de la realidad nos permite proporcionar una visión más profunda y analítica de las últimas tendencias sociales, pudiendo aterrizar las estrategias más adecuadas para transformar la situación de las personas atendidas por las entidades. La mera presencia de una persona joven realizando tareas de prevención o reducción de daños en festivales, conciertos o fiestas patronales es el escenario más propicio para aprovechar la integración de la juventud en la red de adicciones.

La presencia de jóvenes en las entidades también repercutiría de forma positiva en la **intervención**. La creación del vínculo con las personas atendidas estaría lejos de producirse desde el paternalismo, ya que se desarrollarían dos procesos paralelos, desde el empoderamiento mutuo, por parte de la persona atendida y del técnico o la técnica que empieza a crecer profesionalmente. En el caso en el que la persona con adicción es menor, adolescente o joven, una mayor cercanía generacional podría ejercer como un factor que permita una conexión más horizontal y mejore las posibilidades del proceso de tratamiento o aprendizaje.

Observando este panorama desde la óptica del colectivo joven que participa en las entidades, la **implicación** resulta igual de beneficiosa. Las personas jóvenes de la Red UNAD tenemos la oportunidad de conocer una dimensión social –la de las adicciones– poco conocida en toda su complejidad, un ámbito del que se absorbe y se aprende todo lo que entra en juego al trabajar con personas usuarias: autoconocimiento, habilidades personales, esfuerzo, perseverancia, etc.

Cada persona que pasa por una organización para tratar su adicción contribuye mucho no solo a nuestro **crecimiento** profesional sino también personal. La satisfacción de intentar ayudar a una persona y poder influir en su problema se traduce en un mayor sentido de responsabilidad, de utilidad y de realidad. Se toma consciencia del peso real de los condicionantes socioeconómicos, de las erróneas percepciones sociales en torno a las adicciones y las personas que consumen drogas o del esfuerzo que requiere afrontar y superar una adicción. Pero a la hora de intervenir la atención no siempre culmina en el resultado esperado: algunas personas no terminan el tratamiento o lo abandonan, fallecen... Diferentes situaciones que, en suma, contribuyen a la capacidad de gestión de la frustración de cualquier joven profesional.

Hablamos de una **vinculación** más que necesaria. La juventud aporta tanto como recibe del trabajo en las entidades, y la realidad siempre dinámica a la que se debe el ámbito de las adicciones exige conjugar la experiencia de las personas que comenzaron este movimiento asociativo con quienes, el día de mañana, cogerán el testigo y dejarán de ser el futuro para empezar a construir el presente.